

Don José María Quadrado fué muy estimable poeta como se ve por la prueba que damos de ello en esta obra con sus versos *A la muerte de D. Jaime Balmes*. Brilló mucho más que como lírico como poeta épico popular ó narrativo, escribiendo algunas leyendas de sucesos históricos de su patria, como el *Ultimo rey de Mallorca*, donde su saber arqueológico, su segunda vista para comprender las edades pasadas y su habilidad para representarlas con el vivo y peculiar colorido que debieron de tener, compiten con la vigorosa concisión de su estilo.

También mostró Quadrado actividad fructifera y feliz disposición para la dramaturgia, traduciendo el *Saul* de Alfieri; refundiendo ó imitando en castellano el *Macbet*, *El Rey Lear* y *Medida por medida* de Shakespeare; y componiendo los dramas originales *Leovigildo*, *Cristina de Noruega* y *Martin Venegas*. En estas últimas composiciones teatrales, Quadrado se inspira en ideas y sentimientos muy semejantes á los de Alejandro Manzoni, cuyos *Himnos Sacros*, acertó á traducir muy bien, aunque siendo más fiel al espíritu del original que á la letra y á las combinaciones del metro y de la rima.

La fama de Quadrado, hasta hace poco tiempo muy inferior á su mérito, crece y se extiende hoy merced al erudito y elocuente estudio que ha hecho de sus obras D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Resumiendo lo que tan sabio crítico dice, bien podemos asegurar que fué Quadrado un polígra-

fo tan fecundo como original, sobresaliendo en la controversia religiosa y política, casi á par de Balmes, de quien fué colaborador en *El Pensamiento de la Nación*, y cuyo propósito de fundir en una las dos ramas de la dinastía borbónica secundó fervorosamente.

En un principio fué Quadrado tradicionalista, inspirándose acaso en Bonald, en el Conde José de Maistre y en otros autores, como Augusto Nicolás, por ejemplo, que aceptando por filosofía primera el más extremado sensualismo de Condillac, fundaron sobre él sus religiosas creencias, ya que, incapaz el alma humana de hallar en su centro ó de recibir por comunicación espiritual inmediata verdad alguna trascendente, tuvo que recibirla por medio de los sentidos, por virtud de la palabra hablada ó escrita y conservada luego por tradición en el pueblo escogido y en la Iglesia.

Por influjo de Balmes, que se apartó del tradicionalismo tan de moda en su tiempo, y que dió en su filosofía fundamental mayor valer á la razón humana, Quadrado modificó después sus ideas y dejó de ser acérrimo tradicionalista.

Más que como teólogo y filósofo, se distinguió Quadrado como historiador, arqueólogo y crítico de Bellas Artes.

Su continuación del discurso sobre la Historia Universal de Bossuet es digna de elogio por la fuerza y claridad de estilo con que expone y sintetiza los hechos. Su historia de Mallorca es pintoresca y amena, á par que instructiva, se-

gún la manera de Barante, en su *Historia de los Duques de Borgoña de la casa de Valois*.

Y siguiendo tal vez las huellas de Agustín Thierry en su *Historia del tercer estado*, Quadrado compuso su erudita y bien pensada obra *Forences y ciudadanos*, donde se adelanta ó precede á Alejandro Herculano en conocer y explicar bien el estado social de los pueblos en la Edad Media.

Con todo, la mayor gloria de Quadrado es la de su importante colaboración en la empresa, acometida y en gran parte llevada á cabo por el ilustre pintor y dibujante D. Francisco Javier Parcerisa, con el auxilio del entendido y entusiasta D. Pablo Piferrer, de quien ya en otro lugar hemos tratado, y que por desgracia murió muy joven. Tuvo por objeto la mencionada empresa componer y publicar los *Recuerdos y bellezas de España*, valiéndose para ello de la palabra y de las artes del dibujo. Excelente, aunque no mucho, por haberle sorprendido tan prematuramente la muerte, fué lo que Piferrer escribió. En aquel trabajo le sucedieron D. Francisco Pi y Margall, si bien con menor originalidad y acierto; D. Pedro de Madrazo, elegantísimo prosista y gran conocedor de Bellas Artes, y don José María Quadrado que sobresale entre ambos.

Implicaba lo que todos ellos escribieron la importación en España y para España de una nueva estética: de la arqueología romántica, aplicada á la descripción, examen y juicio de nuestros antiguos monumentos medioevales.

Chateaubriand en *El genio del cristianismo* y en otros escritos, Walter Scot en muchas de sus novelas, y Victor Hugo en *Nuestra Señora de Paris*, habían entusiasmado y preparado los espíritus para este nuevo ó más bien renacido modo de considerar y entender las artes del dibujo. Y sin duda Quadrado en la bella descripción que hizo de diecisiete provincias, fué quien realizó mejor y más cumplidamente el propósito concebido por Parcerisa, acertando además á combinar agradable y doctamente con la descripción de los monumentos, los sucesos históricos y los usos, costumbres y leyes de la edad en que fueron erigidos.

Como periodista y polemista Quadrado fué fecundísimo, quedándonos de él gran multitud de artículos sobre política y crítica literaria publicados por vez primera en *La Palma*, en *El Conciliador*, en *El Pensamiento de la Nación* y en otros periódicos, y que merecen ser coleccionados y se están ya coleccionando en varios volúmenes, á los que sirve de Introducción el ya citado doctísimo estudio de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Entre las excelencias que dicho crítico halla y celebra en los mencionados opúsculos, se cuentan la moderación y la templanza que emplea el autor al impugnar á los que sostienen ó siguen opiniones contrarias á las suyas. «Solo una vez en su vida, dice Menéndez, y ciertamente con causa grave y que en parte disculpa este pecado de juventud, faltó á Quadrado moderación en el

ataque. Me refiero á la famosa *Vindicación* que en el último número de *La Palma* publicó contra Jorge Sand, con ocasión del injurioso y fantástico relato que la célebre novelista había escrito de su viaje á la isla».

Como ya en otra ocasión escribí yo recordando una frase de Moncada, fué esta venganza merecida más que lícita; pero justo es añadir ahora que por lícita yo no la tengo, porque no agravan, por graves que sean, las ofensas de damas ilustres y discretas, con las cuales debe ser todo hombre indulgente y fino, y mucho menos cruel que lo fué Quadrado con la célebre escritora francesa.

La biografía de Quadrado se puede cifrar en pocas palabras. Nació en Ciudadela, Isla de Menorca, á 14 de Junio de 1819. Murió en Palma de Mallorca el día 6 de Julio de 1896.

Pasó la mayor parte de su vida estudiando, escribiendo y cuidando del archivo general de las Islas Baleares, con no menos atinado esmero que el empleado por D. Próspero Bofarull en el archivo de la corona de Aragón.

Don Joaquín Roca y Cornet

es uno de los poetas catalanes de quienes publicamos versos en este FLORILEGIO, por haberlos escrito en la lengua nacional ó dígase castellana.

El movimiento intelectual que en las islas

Baleares, en el antiguo reino de Valencia y más enérgicamente en Cataluña, propende á restaurar el habla lemosina y á escribir en ella en prosa y en verso, será sin duda muy útil, podrá ser ó habrá sido ya fecundo en bienes y en gloria, aunque no sea más que por haber producido tan egregios poetas como Victor Balaguer y Mosén Jacinto Verdaguer, y dramaturgo tan aplaudido como Angel Guimerá, poeta lírico también de gran crédito y nombradía. No podemos, con todo, desconocer y lamentar, hasta cierto punto, que tal diversidad de lenguas rompa la unidad nacional literaria y arrebatada á la lengua y poesía castellanas una buena parte de su riqueza.

En España, en vez de una sola literatura, hay por lo menos dos, suponiendo que no son diversas sino la misma, la catalana, la valenciana y la mallorquina.

Para mí, que he coleccionado poesías castellanas solamente, y que solamente también de poetas castellanos trato, ocurre la dificultad de que siempre al mencionar catalanes, valencianos ó mallorquines, lo hago considerándolos como cultivadores del idioma de Castilla, cuya riqueza, así como el tesoro poético de la patria grande, han acrecentado con sus producciones. No se extrañe, pues, que tengamos poco en cuenta, por entender que no nos incumbe, los trabajos y los merecimientos que cada uno haya hecho ó haya podido hacer en favor del habla regional y de la exclusiva cultura de la patria

chica. Por esto no decimos nada en este FLORILEGIO, ni insertamos un solo verso de Balaguer, Verdaguer y Guimerá, ya citados, ni de otros egregios poetas.

De los que insertamos versos y decimos algo, únicamente insertamos y decimos estimándolos como poetas castellanos.

Las noticias que damos de ellos por otras causas y sobre otros puntos, tendrán á menudo que ser muy incompletas.

Valga lo dicho como observación general y para en adelante, y valga también para disculpa de que nos limitemos á decir de D. Joaquín Roca y Cornet, que nació en Barcelona en 1804 y que murió en la misma ciudad en 1873; que fué colaborador de Balmes en *La Civilización*; que compuso versos en castellano, de los que en la *Ascensión* damos muestra, y que dejó varios escritos en prosa, entre los que sobresalen *Historia de los hechos y doctrina de Nuestro Señor Jesucristo* y *La esperanza del cristianismo*.

Don Tomás Aguiló, célebre poeta mallorquin, compuso muy lindos versos en su dialecto regional, y asimismo no pocos en castellano de los que damos muestra.

Nació en Palma de Mallorca el día 30 de Mayo de 1812 y murió en la misma ciudad el 30 de Noviembre de 1884.

Infatigable prosista escribió mucho sobre di-

versos asuntos. Su fama es, sin embargo, harto menor que la de D. Mariano, su primo, que lleva el mismo apellido, y cuyos estudios y trabajos para el renacimiento de la antigua lengua catalana le han hecho tan famoso.

D. Mariano fué también celebradísimo poeta, conquistando en los juegos florales de Barcelona en 1866 el título de Maestro en gay saber. Su nombradía, con todo, es mayor entre nosotros como filólogo y erudito que como poeta.

Bajo su dirección y por su cuidado se publicaron en Barcelona no pocos libros catalanes, entre ellos *Tirante el blanco*; escribió una bibliografía catalana premiada por la Biblioteca Nacional; compuso un Diccionario de dicha lengua regional y reunió una colección de rondallas, canciones y adagios, y una gran multitud de romances, compuestos en la misma lengua y conservados los más por tradición oral entre los campesinos y la gente del pueblo.

D. Francisco Rodríguez Zapata y Alvarez nació en Alanís, provincia de Sevilla, en 4 de Octubre de 1813. Fué discípulo de los más predilectos de D. Alberto Lista. Cursó en la Universidad de Sevilla las Facultades de Teología, Filosofía y Letras, Leyes y Cánones. Fué nombrado por el claustro de dicha Universidad profesor sustituto de Instituciones

Teológicas en 1835, cuando sólo contaba veinte años de edad.

Fué canónigo de la insigne Abadía de Olivares, habiéndose ordenado de sacerdote en 1837. Fué capellán real en la de San Fernando de Sevilla en el año de 1853.

En 1847 fué nombrado después de brillantes oposiciones catedrático de Retórica y Poética del Instituto de Sevilla, sucediendo á D. Alberto Lista en esta enseñanza, cuyo cargo desempeñó hasta su muerte.

Dedicado al cultivo de la poesía, con talento, imaginación y buen gusto literario dentro del estilo propio que constituye el carácter de la escuela sevillana, produjo composiciones líricas muy recomendables juzgadas favorablemente por su sabio maestro y que le colocan entre los más caracterizados representantes de dicha escuela poética.

Fué académico preeminente de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

Y por último, fué elevado á la dignidad de Canónigo de la Metropolitana y Patriarcal iglesia de Sevilla; en donde falleció á la edad de setenta y seis años el 15 de Agosto de 1889.

Don Gabriel García y Tassara, aceptando el concepto que él mismo formaba de su ingenio, puede ser calificado de poeta político social, cuyas sentencias y observa-

ciones sobre la civilización del mundo en su tiempo, y cuyos vaticinios y visiones del porvenir se fundan en cierta filosofía de la historia que en parte él adoptó y en parte compuso.

Según expone y declara en el prólogo de sus poesías, coleccionadas y publicadas en Madrid en 1872, los poetas del siglo XIX son y deben ser de dos principales maneras: una, y de seguro que al decirlo pensaba en Zorrilla, es la de aquellos que fantasean y pintan la sociedad antigua, el orden y el concierto de los Estados y de los individuos de Europa, para todo lo cual había llegado el momento fatídico, ó al menos él así lo imaginaba, de la radical transformación ó de la ruina; y otra, la de aquellos que contemplan, estudian y describen tal ruina ó tal transformación, y pronostican y quizás hasta preparan el advenimiento de la *ciudad nueva* ó sea de la *Jerusalén futura*, ya que en tal manera de poetizar hay no poco de apocalíptico.

Para cumplir con esta misión de vidente ó profeta, que casi se atribuía Tassara, él estaba sin duda preparado, así por su índole y carácter como por las circunstancias de su vida y por los sucesos que presenció y que más influyeron en su espíritu.

Nació Tassara en la ciudad de Sevilla el día 19 de Julio de 1817. Su madre, que había quedado viuda, contrajo segundas nupcias con don Manuel Barreiro, oficial superior de artillería, el cual cuidó con cariñoso esmero de la educación de sus entenados, Gabriel, nuestro poeta, y

Carlos, que siguió la carrera de las armas y llegó á general.

Gabriel estudió humanidades bajo la dirección del muy docto maestro Fray Manuel Sotelo, empezó luego la carrera de Jurisprudencia en la Universidad sevillana, y antes de concluirla y siendo aún muy mozo, se vino á Madrid hacia el año de 1839, ansioso probablemente de notoriedad y de fortuna.

Aunque Tassara carecía de un título universitario, había aprovechado mucho en sus estudios y sabía bastante más de aquello que por lo común solía saber la juventud de entonces. Su saber y su talento le valieron para ganarse la amistad y la confianza de varios notables hombres políticos, como D. Pedro Pidal, Pacheco, Pastor Díaz, Ríos y Rosas y D. Francisco de Cárdenas. Con ellos y alistado en el partido conservador escribió en *El Correo nacional*, en *El Heraldo*, en *El Sol*, en *El Piloto* y en otros periódicos.

Acaso su carácter independiente no consintió que él aceptase y desempeñase ningún empleo importante del gobierno de España, pero aceptó y desempeñó con buen tino y mejor éxito la representación diplomática de España en Washington. Allí supo y logró hacerse muy simpático y ganarse las voluntades de las personas de más valer é influjo, y singularmente del Presidente de la República y del Ministro de Estado. Lo cierto es que nunca, como en tiempo de Tassara, se han mostrado los anglo-americanos me-

nos promovedores de rebeliones en Cuba ni menos exigentes y contrarios de nuestra nación.

Los ejercicios de Tassara, primero como periodista y como diplomático luego, hubieron de contribuir á que, dejando en segundo término como poeta el amor de las mujeres, la contemplación de la naturaleza y el estudio íntimo del alma, buscase y tomase para fuente de inspiración y objeto de sus cantos los sucesos políticos, los trastornos y revoluciones que conmovían profundamente al mundo á mediados del último siglo, y el término que de todo ello podía columbrarse para lo futuro.

La estrecha amistad que unió á Tassara con don Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas, contribuyó no poco á impulsar en aquella dirección sus pensamientos.

La imponente revolución de 1848, que derribó en Francia el trono de Luis Felipe, que se extendió por toda Alemania, que estuvo á punto de desbaratar el imperio austriaco haciendo independiente y hasta vencedora á la Hungría, y que en Italia echó por tierra no pocos tronos, y entre ellos el trono temporal del Sumo Pontífice, hirió con tal fuerza la mente de muchos políticos españoles, liberales-conservadores hasta aquel día, eclécticos á lo Cousin y doctrinarios á lo Guizot, que renegaron de aquellas doctrinas de *justo medio* que al parecer habían traído el mundo á tan desastrado remate y acabaron por hacerse retrógrados echando de menos el antiguo régimen.

A los ojos de los mencionados y ya contritos liberales-conservadores, aparecía mucho más ominosa la nueva revolución por mostrarse en ella el empeño de ser social y no meramente política: por el advenimiento del cuarto estado, que ya pugnaba por triunfar realizando sistemas que implicaban y requerían la previa y radical destrucción de todo el orden secular, cimiento y base de la sociedad humana.

Entre los personajes que más hondamente sintieron la impresión de aquel tremendo espectáculo, descolló D. Juan Donoso Cortés, gran poeta en prosa. Su impetuoso y desbordado lirismo rompía los diques del metro y de la rima, y se desataba como un torrente. En mi sentir, ninguno de los que en Francia han escrito prosa lírica, en el siglo XIX, ni Chateaubriand, ni Lermínier, ni el Abate Lamennais, ni Edgardo Quinet, ni Pelletan han sido tan enérgicos, tan originales y tan llenos de majestad como Donoso. Nuestro mismo Castelar, aunque era más espontáneo cuando improvisaba ó casi improvisaba, era harto inferior á Donoso por su estilo, cuya exuberancia y excesiva riqueza de imágenes, no consentían el vigor conciso que en Donoso nos maravilla.

La flamante doctrina que prestó á Donoso asunto para su elocuencia, fuerza es confesar que vino de Francia. Esta doctrina fué el tradicionalismo. Acaso haya habido tradicionalistas en España sin que nada deban á los tradicionalistas franceses, pero siempre deberían su origen, me-

nos inmediato, al extremado sensualismo de Condillac, de donde el tradicionalismo procede. Como quiera que ello sea, lo que no se puede negar es que Donoso hubo de inspirarse en Bonald, y en el Conde José de Maistre, pero exageró las doctrinas de ambos, las compaginó y concertó á su manera, combinó con ellas no pocas ideas de Proudhon, tomándolas al revés al contradecirlas, y formó con todo ello el más elocuente, atrevido y fantástico poema en prosa que puede imaginarse: *El ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*. Cuanto allí dice Donoso es evidente que no puede tomarse por lo serio para la práctica de la vida. Yo recelo que para tal práctica no lo tomaba por lo serio el mismo Donoso. La imbecilidad de la razón humana, su irresistible inclinación al error, la benéfica institución del verdugo, la vileza del linaje humano fuera de las vías católicas, la inevitable necesidad de que el mismo Verbo hecho hombre, derramase su sangre para redimirnos, ya que toda la sangre humana derramada en expiatorios sacrificios, no hubiera bastado á lograr nuestra redención y otras mil estupendas ferocidades de Donoso, no pasan de ser imaginaciones y primores poéticos, que al mismo Donoso hubieron de perturbarle poquísimo cuando no peroraba ó escribía, valiéndose de ellos como espantable y aterradora máquina de sus poemas, pues poemas eran sus discursos y sus libros.

No se puede ni se debe decir que Tassara fuese disciplinado y dócil discípulo de Donoso, sino

sólo que siguió su humor, que gustó de sus sueños y que se embriagó en el fervoroso raudal de su elocuencia; pero Tassara poetizando no era tétrico como Donoso. Las más altas esperanzas jamás le abandonaron. Creyó como Donoso que iba á morir ó que moría ya la Europa descreída y sin Dios. Imaginó que

La voz de las catástrofes eternas
Va á despertar al tiempo en sus cavernas.

Dijo, aludiendo al advenimiento del cuarto estado,

Los bárbaros están dentro de Roma.

Y le pareció que veía

Los tronos derretidos como cera,
Tronos y altares, leyes y blasones,
Los pueblos consumiéndose en la hoguera,
La Europa ardiendo como cien lliones.

El más insolente y maligno de todos los diablos andaba suelto por el mundo haciendo de las suyas, pero á Tassara no le daba susto ni le repugnaba en demasía, antes bien solía tener con él familiaridad y trato y conversaciones misteriosas, cuyo sentido es difícil de explicar. A veces Tassara llega á confesarnos que él también ha contribuido, según sus fuerzas, á la obra diabólica, destruyendo la sociedad antigua.

Mas no por eso se arrepiente Tassara. Aunque descubre con justificado terror que *sobre su frente hierve el caos*, no se arredra ni vacila. Cree que él cumple en parte una misión providencial.

Y del seno de ese caos, del enorme montón de tantas ruinas ve surgir, resplandeciente de gloria y de hermosura, la Jerusalén nueva. Entonces exclama:

La lira estremeciéndose en mis manos,
Voces sonando en mi interior secretas,
Siento en mí con delirios sobrehumanos,
Siento la inspiración de los profetas.

Entonces escribe Tassara su magnífico *Himno al Mesías*. La fe y la confianza en Dios no le abandonan nunca. Su alma se sobrepone á todas las catástrofes, desprecia las ruindades y los temores y canta llena de fe:

Cuanto en la tierra esperanzó la mente
En su alterno vaivén de orgullo ó caíma,
Nada es igual á lo que el alma siente
Cuando se pierde en lo infinito el alma.

En suma, Tassara, desordenado con frecuencia y hasta confuso y delirante á veces, no se puede negar que es un gran poeta. Gentil y cristiano, antiguo y moderno, clásico y romántico al mismo tiempo, busca y halla las fuentes de su inspiración en la Biblia, en Horacio y en Virgilio y en no pocas de las novísimas filosofías. Su fervoroso catolicismo, no obstante, prevalece, impera y se sostiene sobre todo, pero no desesperándole sino esperanzándole, y prestando además pasmoso y soberano hechizo á su contemplación de cuantas son las cosas creadas, á su manera de concebir la historia y hasta al vehemente amor que las mujeres le infunden.

Harto menos estimado, comprendido y aplau-

dido de lo que merece, Tassara murió en Madrid el 14 de Febrero de 1875.

Don José Zorrilla es el singular poeta de quien más por extenso he tratado en la introducción de esta obra. Poco tengo que añadir aquí si no quiero repotirme ó si no quiero modificar el juicio que formé entonces y del que no me aparto ahora.

Es cierto que sólo traté de Zorrilla como poeta lírico y legendario, y que apenas traté de él como autor dramático, por no entrar esto en mi plan ni ser de mi incumbencia. Acaso se me dirá, que se comprende mejor á Zorrilla después de estudiar su teatro y no estudiando solo sus poesías líricas y sus leyendas.

Zorrilla fué fecundo autor de dramas, aplaudidísimo casi siempre. Hasta el día de hoy se pone en escena y se admira su *Don Juan Tenorio*, aunque buena parte del público se sabe de memoria los más lindos versos que contiene aquel extraño y popular poema.

Muchas otras de sus composiciones dramáticas, nunca ó rara vez se representan ya, pero casi todas se leen con gusto. Por ellas compite Zorrilla con los más notables dramaturgos que en el florecimiento del romanticismo hubo en nuestra España: con García Gutiérrez, con D. Angel de Saavedra Duque de Rivas, y con Hartzenbusch.

Consta su teatro de muy cerca de treinta composiciones. Recordaremos aquí los títulos de las más famosas: *Cada cual con su razón*, *Aventuras de una noche*, *El zapatero y el rey*, primera y segunda parte, *El molino de Guadalajara*, *Sancho García*, *El caballo del rey D. Sancho*, *La mejor razón la espada*, *El puñal del godo*, *El alcalde Ronquillo*, y *Traidor, inconfeso y mártir*.

Por su forma, propia para la escena, se distinguen de las leyendas estos dramas: pero por el fondo, por el estilo y por el carácter de la inspiración, son muy semejantes á las leyendas. Todo cuanto de las leyendas se dice puede también decirse de los dramas.

Zorrilla siempre y por todo debe ser calificado de incomparable y hasta de inconmensurable entre los poetas. En mi sentir á ninguno se parece y yo no acierto á compararle con ninguno. No hallo tampoco una medida común para estimar su altura con relación á la de otros; así ni la mido ni la estimo.

Poca ó ninguna semejanza tienen los dramas de Zorrilla con los de Lope, Tirso, Calderón y demás autores del siglo xvii y menos aún se asemejan á los modernos dramas alemanes ó franceses: á los de Schiller, Dumas y Victor Hugo. Zorrilla es solo y siempre Zorrilla, y ya este es rarísimo mérito.

Dijo el gran maestro de Alejandro que la poesía vale é importa más que la historia, porque la historia representa las cosas como son, y la poesía las representa como deben ser; pero Zorrilla